

15- Primeras fechorías de Claudio

Don Luis Alberto Carloti imprimió a la Unión una marcha febril. Desde las quince horas lo teníamos en la oficina, en mangas de camisa, tomando notas, conferenciando con sus redactores, dando órdenes a su secretario y a los reporteros. Desde el primer momento nos dimos cuenta que teníamos que habérnoslas con un hombre que conocía su oficio. No se conformaba con que el diario continuara su marcha rutinaria, dejando hacer a un personal más o menos preparado.

Antes del trabajo de la tarde, nos reunía en su oficina para imponernos un programa del día. De esta manera el diario tomaba un carácter definido. Se podía adivinar, tras la malla de sus líneas, una voluntad dominante, que caminaba recta hacia un fin.

—¿Qué me tiene usted para hoy?— era su pregunta favorita. Y había que tenerla siempre un trabajo nuevo, original. Si era posible, de sensación.

Claudio de Alas comenzó por hacer honor a sus palabras arrogantes. Escribía crónicas policiales que saltaban por encima de lo vulgar. Su fantasía hiperbólica y su estilo lleno de imágenes de transposición anormales, y su sintaxis juglaresca, atraeron sobre la sección policial las miradas del público.

Sus compañeros de trabajo solían criticarlo a la sordina, y se reían bajito. Algunos párrafos de Claudio llevaban encabezamientos que se repetían como consignas jocosas:

—Y lo que ocurrió, fue así...

Si alguien interrogaba sobre cualquier suceso, el otro respondía enfáticamente, imitando las actitudes de Claudio:

—Y lo que ocurrió fue así...

Claudio de Alas pasaba por sobre estas tormentas de burlona mezquindad, caminando a trancos largos y haciendo molinetes con el bastón. Cuando llegaba a sus oídos alguna crona de los compañeros, se limitaba a sonreír, con esa su voz oronda, particularísima, a través de una contracción de sus labios carados y mostrando dos dientes largos, separados por ligeros ribetes amarillos de nicotina;

—Je, je... Las estrellas no pueden descender hasta los gusanos.

Eduardo Pentaleón, jefe de crónica, palidecía de indignación al escuchar las salidas de Claudio; pero, fiel a disciplinas del Seminario, ocultaba el pensamiento inclinando la cabeza sobre sus papeles, cuando no enviaba al desgaire alguna saeta, tinta en bilis.

—El trópico favorece el crecimiento del papegayó.

Pero Claudio no era combativo. Tras de sus arrestos de vividor, bajo su sombrero hongo un poco inclinado al ojo, al uso de los calaveras, bajo su despenante corbata plastrón, sólo existía un carácter dócil, que con facilidad contemporizaba con ajenas personalidades. Se desentendía de asperezas del ambiente, saltaba con agilidad por sobre los exabruptos mordaces.

Tulio Maquieira, el secretario de redacción, buen mozo, atildado que frecuentaba la buena sociedad, sonreía benévolo de algunas chanzas altisonantes de Claudio.

—Maquieira es un gustador de bocados de cardenal. Tiene citas misteriosas, y las señoras maduras suspiran ocultamente

Primeras fechorías de Claudio [manuscrito] Fernando Santiván.

Libros y documentos

AUTORÍA

Santiván, Fernando, 1886-1973

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Primeras fechorías de Claudio [manuscrito] Fernando Santiván. 5 hojas ; 24 x 21 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile